B. Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

EL "CREDO" EXPLICADO

Síntesis del dogma católico y principales verdades dogmáticas

El que creyere y se bautizare,
se salvará... *(Mc. 16,16)*

Los tres Credos principales:
- El Credo o símbolo de los Apóstoles
- El Credo Nicea-Constantinopla
- El Credo del Pueblo de Dios

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo,44
41003-SEVILLA

ISBN: 84-7770-550-X
D.L.: Gr. 509-2001
Impreso en España
Printed in Spain

PRESENTACIÓN

Las verdades que Dios nos ha revelado y que la Iglesia nos propone para que las creamos, las tenemos resumidas en el Credo. El Credo, pues, es una fórmula de la profesión de fe cristiana, resumen, por tanto, de las principales verdades que profesamos los católicos.

El autor de estas verdades es Dios, porque Él nos las ha revelado. El hecho de la revelación es un hecho histórico, pues Dios ha hablado a los hombres y las verdades que Él nos ha manifestado las tenemos especialmente en la Biblia, transmitida fielmente por la Tradición viva o Magisterio supremo de la Iglesia.

La fuente de la revelación es Cristo y de Él "única fuente divina", manan como formando una sola cosa la Tradición apostólica y la Escritura, pues tan unidas están entre sí como las aguas del río en el cauce, de tal manera que no puede concebirse una Escritura independiente de la Tradición, ni una Tradición independiente de la Escritura. (Ambas constituyen

el depósito único de la Palabra de Dios, encomendada a la Iglesia).

Conviene sepamos que antes que la Biblia fue la Tradición o predicación apostólica, y por lo mismo la Biblia, antes que fuese escrita, fue dedicada, a los apóstoles, que componían la Iglesia primitiva-docente y Jesucristo les dijo: "Id, predicad el Evangelio...". "Id, enseñad a todas las gentes" (Mc. 16,16; Mt. 28,18).

El Evangelio, pues, oral precedió al escrito, y más tarde, cuando ya el Evangelio se había predicado en gran parte del mundo, los apóstoles y discípulos inspirados por Dios, creyeron conveniente escribir, después de una cuidadosa investigación y con plena exactitud (Lc. 1,2-3; Hech. 8,14) la parte fundamental de la doctrina que predicaban, y ésta la tenemos en los cuatro Evangelios, que son históricos, íntegros y verídicos.

Las verdades, que tenemos que creer las tenemos ahora resumidas en el Credo, y como tenemos varios Credos, unos más resumidos y otros con mayor amplitud, como el llamado "Credo del Pueblo de Dios", formulado por el Papa Pablo VI, los voy a presentar al comienzo de este libro con un breve comentario de lo más

esencial que debemos creer, y que viene a ser una síntesis del dogma católico. Los tres Credos principales son éstos:

- El Credo o símbolo de los apóstoles, el más ordinario.
- El Credo de los Concilios Nicea-Constantinopla, que suele rezarse en la Misa.
- El Credo del Pueblo de Dios, que nos ofrece una gran explicación, y de ella nos valdremos para exponer con mayor claridad las verdades reveladas, y en otra segunda parte haré un resumen de nuestros dogmas de fe.

Lo que hace falta es que meditemos bien estas verdades y las creamos con fe viva. "El que las creyere (llevándolas a la práctica) y se bautizare, se salvará".

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 25 de junio del 2000.

LOS TRES PRINCIPALES "CREDOS"

1º El Credo o Símbolo de los Apóstoles

1.- El Credo.

Creo en Dios Padre todo poderoso,
creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo su único Hijo,
nuestro Señor, que fue concebido por obra,
y gracia del Espíritu Santo; nació de Santa María Virgen;
padeció bajo el poder de Poncio Pilato;
fue crucificado, muerto y sepultado;
descendió a los infiernos;
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos y está a la diestra de Dios Padre;
desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu Santo,
en la Santa Iglesia Católica,
la comunión de los Santos,
el perdón de los pecados,

la resurrección de los muertos,
la vida eterna. Amén.

2. - El Credo de Nicea-Constantinopla

Creo en un solo Dios,
Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre antes de todos los siglos:
Dios de Dios,
Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros, los hombres,
y por nuestra salvación
bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María
la Virgen,
y se hizo hombre;

y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato;
padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día, según las Escrituras,
y subió al cielo,
y está sentado a la derecha del Padre;
y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo
recibe una misma oración y gloria,
y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia,
que es una, santa, católica y apostólica.

Confieso que hay un solo bautismo
para el perdón de los pecados.

Espero la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro.
Amén.

EL CREDO DEL PUEBLO DE DIOS
Profesión de fe

(Va con algunas divisiones para que fácilmente pueda recitarse a dos coros en ocasión solemne).

Lector o primer grupo

Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, creador de las cosas visibles como es este mundo en el que transcurre nuestra vida pasajera, de las cosas invisibles como los espíritus puros que reciben también el nombre de ángeles y creador en cada hombre de su alma espiritual e inmortal.

Creemos que este Dios único es absolutamente uno en su esencia infinitamente santa al igual que en todas sus perfecciones, en su omnipotencia, en su ciencia infinita, en su providencia, en su voluntad y en su amor. Él es "el que es", como lo ha revelado a Moisés; y Él es "amor", como el apóstol Juan nos lo enseña; de forma que estos dos nombres, Ser y Amor, expresan inefablemente la misma realidad divina de Aquél que ha querido darse a conocer a

nosotros y que, "habitando en una luz inaccesible", está en sí mismo por encima de todo nombre, de todas las cosas y de toda inteligencia creada. Solamente Dios nos puede dar ese conocimiento justo y pleno revelándose como Padre, Hijo y Espíritu Santo de cuya vida eterna estamos llamados por gracia a participar, aquí abajo en la oscuridad de la fe y más allá de la muerte en la luz eterna. Los lazos mutuos que constituyen eternamente las Tres Personas, siendo cada una el solo y el mismo ser divino, son la bienaventurada vida íntima del Dios tres veces santo, infinitamente superior a lo que podemos concebir con la capacidad humana. Damos con todo gracias a la bondad divina por el hecho de que gran número de creyentes puedan atestiguar juntamente con nosotros delante de los hombres la Unidad de Dios, aunque no conozcan el Misterio de la Santísima Trinidad.

Pueblo o segundo grupo

Creemos, pues, en el Padre que engendra al Hijo desde la eternidad; en el Hijo, Verbo de Dios, que es eternamente engendrado; en el Espíritu Santo, Persona increada, que procede

del Padre y del Hijo, como eterno amor de ellos. De este modo en las Tres Personas divinas, "coeternae sibi et coaequales" sobreabundan y se consuman en la eminencia y la gloria, propias del Ser increado, la vida y bienaventuranza de Dios perfectamente uno, y siempre "se debe venerar la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad".

CREEMOS EN JESUCRISTO

Lector

Creemos en nuestro Señor Jesucristo, que es el Hijo de Dios. Él es el Verbo eternal, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial al Padre, "homoousios to Patri" y por quien todo ha sido hecho. Se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María y se hizo hombre: igual, por tanto, al Padre, según la divinidad e inferior al Padre, según la humanidad, y uno en sí mismo, no por una imposible confusión de las naturalezas, sino por la unidad de la persona.

Habitó entre nosotros, con plenitud de gracia y de verdad. Anunció e instauró el Reino de Dios y nos hizo conocer en Él al Padre. Nos dio

un mandamiento nuevo: amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado. Nos enseñó el camino de las bienaventuranzas del Evangelio: la pobreza de espíritu, la mansedumbre, el dolor soportado con paciencia, la sed de justicia, la misericordia, la pureza de corazón, la voluntad de paz, la persecución, soportada por la justicia. Padeció en tiempos de Poncio Pilato, como Cordero de Dios, que lleva sobre sí los pecados del mundo, y murió por nosotros en la cruz, salvándonos con su sangre redentora. Fue sepultado y por su propio poder resucitó al tercer día, elevándonos por su Resurrección a la participación de la vida divina que es la vida de la gracia. Subió al Cielo y vendrá de nuevo esta vez con gloria para juzgar a vivos y muertos, a cada uno según sus méritos: quienes correspondieron al amor y a la piedad de Dios irán a la vida eterna: quienes lo rechazaron hasta el fin, al fuego inextinguible.

Y su reino no tendrá fin.

CREEMOS EN EL ESPÍRITU SANTO

Pueblo

Creemos en el Espíritu Santo, que es Señor y da la vida, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria. Él nos ha hablado por los profetas y ha sido enviado a nosotros por Cristo después de su Resurrección y su Ascensión al Padre; Él ilumina, vivifica, protege y guía la Iglesia, purificando sus miembros si éstos no se sustraen a la gracia. Su acción, que penetra hasta lo más íntimo del alma, tiene el poder de hacer al hombre capaz de corresponder a la llamada de Jesús: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto". (Mt. 5,48).

Lector

Creemos que María es la Madre, siempre Virgen, del Verbo Encarnado, nuestro Dios y Salvador Jesucristo y que en virtud de esta elección singular, Ella ha sido, en atención a los méritos de su Hijo, redimida de modo eminente, preservada de toda mancha de pecado original y colmada del don de la gracia más que todas las demás criaturas.

Asociada por un vínculo estrecho e indisolu-

ble a los Misterios de la Encarnación y de la Redención, la Santísima Virgen, la Inmaculada, ha sido elevada al final de su vida terrena en cuerpo y alma a la gloria celestial y configurada con su Hijo resucitado en la anticipación del destino futuro de todos los justos. Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el Cielo su misión maternal para con los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos.

EL PECADO ORIGINAL

Pueblo

Creemos que en Adán todos pecaron, lo cual quiere decir que la falta original cometida por él hizo caer a la naturaleza humana, común a todos los hombres, en un estado en que experimenta las consecuencias de esta falta y que no es aquel en que se hallaba la naturaleza al principio en nuestros padres, creados en santidad y justicia y en el que el hombre no conocía ni el mal ni la muerte. Esta naturaleza humana caída, despojada de la vestidura de la gracia, herida en sus propias fuerzas naturales y sometida al

imperio de la muerte se transmite a todos los hombres y en este sentido todo hombre nace en pecado.

Lector

Sostenemos, pues, con el Concilio de Trento que el pecado original se transmite con la naturaleza humana, "no por imitación, sino por propagación", y que, por tanto, "es propio de cada uno".

Creemos que Nuestro Señor Jesucristo, por el Sacrificio de la Cruz nos rescató del pecado original y de todos los pecados personales cometidos por cada uno de nosotros, de modo que, según afirma el Apóstol, "donde había abundado el pecado, sobreabundó la gracia".

Pueblo

Creemos en un solo Bautismo, instituido por Nuestro Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. El Bautismo se debe administrar también a los niños que todavía no son culpables de los pecados personales, para que, naciendo privados de la gracia sobrenatural, renazcan "del agua y del Espíritu Santo" a la vida divina en Cristo Jesús.

CREEMOS EN LA IGLESIA

Lector

Creemos en la Iglesia, que es Una, Santa, Católica y Apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra que es Pedro. Ella es el Cuerpo Místico de Cristo, al mismo tiempo sociedad visible, instituida con organismos jerárquicos, y comunidad espiritual, la Iglesia terrestre, el pueblo de Dios peregrino aquí abajo y la Iglesia colmada de bienes celestiales, el germen y las primicias del Reino de Dios, por el que se continúa a lo largo de la historia de la humanidad la obra y los dolores de la Redención y que tiende a su realización perfecta más allá del tiempo en la gloria. En el correr de los siglos Jesús, Señor, va formando su Iglesia por los sacramentos, que emanan de su plenitud. Por ellos hace participar a sus miembros en los Misterios de la muerte y de la Resurrección de Cristo, en la gracia del Espíritu Santo, fuente de vida y actividad. Ella, es pues, santa, aun albergando en su seno a los pecadores, porque no tiene otra vida que la de la gracia: es, viviendo esta vida, como sus miembros se santifican; y es sustrayéndose a esta misma vida, como caen en el

pecado y en los desórdenes que obstaculizan la irradiación de su santidad. Y por esto que la Iglesia sufre y hace penitencia por tales faltas que ella tiene el poder de curar en sus hijos en virtud de la Sangre de Cristo y el don de Espíritu Santo.

Pueblo

Heredera de las promesas divinas e hija de Abrahám, según el Espíritu, por este Israel cuyas Escrituras guarda con amor y cuyos patriarcas y profetas venera; fundada sobre los apóstoles y transmitiendo de generación en generación su palabra siempre vida y sus poderes de pastores en el sucesor de Pedro y los obispos en comunión con él; asistida perennemente por el Espíritu Santo, tiene el cargo de guardar, enseñar, explicar y difundir la verdad que Dios ha revelado de una manera todavía velada por los profetas y plenamente por Cristo Jesús. Creemos todo lo que está contenido en la palabra de Dios escrita o transmitida y que la Iglesia propone para creer, como divinamente revelado, sea por una definición solemne, sea por el magisterio ordinario y universal.

Lector

Creemos en la infalibilidad de que goza el sucesor de Pedro, cuando enseña "ex catedra" como Pastor y Maestro de todos los fieles, y de la que está asistido también el cuerpo de los obispos cuando ejerce el magisterio supremo en unión con él.

ESPERANZA DE UNIDAD

Creemos que la Iglesia fundada por Cristo Jesús, y por la cual Él ora, es indefectiblemente una en la fe, en el culto y en el vínculo de la comunión jerárquica. Dentro de esta Iglesia, la rica variedad de ritos litúrgicos y la legítima diversidad de patrimonios teológicos y espirituales y de disciplinas particulares, lejos de perjudicar a su unidad, la manifiesta ventajosamente.

Pueblo

Reconociendo también, fuera del organismo de la Iglesia de Cristo, la existencia de numerosos elementos de verdad y santificación que le pertenecen en propiedad y que tienden a la unidad católica, y creyendo en la acción del

Espíritu Santo que suscita en el corazón de los discípulos de Cristo el amor a esta unidad, nos abrigamos la esperanza de que los cristianos que no están todavía en plena comunión con la Iglesia única se reunirán un día en un solo rebaño con un solo Pastor.

Lector

Creemos que la Iglesia es necesaria para salvarse, porque Cristo, el solo Mediador y Camino de salvación, se hace presente para nosotros en su Cuerpo que es la Iglesia. Pero el designio divino de la salvación abarca a todos los hombres; y los que sin culpa por su parte ignoran el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sinceridad y, bajo el influjo de la gracia, se esfuerzan por cumplir su voluntad conocida mediante la voz de la conciencia, éstos, cuyo número sólo Dios conoce, pueden obtener la salvación.

Pueblo

Creemos que la misa celebrada por el sacerdote, representante de la persona de Cristo, en virtud del poder recibido por el sacramento del Orden, y ofrecida por él en nombre de Cristo y

de los miembros de su Cuerpo místico, es el Sacrificio del Calvario, hecho presente sacramentalmente en nuestros altares. Creemos que del mismo modo que el pan y el vino consagrados por el Señor en la Santa Cena se convirtieron en su Cuerpo y en su Sangre, que iban a ser ofrecidos por nosotros en la Cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo glorioso, sentado en el Cielo, y creemos que la misteriosa presencia del Señor, bajo lo que sigue apareciendo a nuestros sentidos igual que antes, es una presencia verdadera, real y sustancial.

LA TRANSUBSTANCIACION

Lector

Cristo no puede estar así presente en este Sacramento más que por la conversión de la realidad misma del pan en su Cuerpo y por la conversión de la realidad misma del vino en su Sangre, quedando solamente inmutadas las propiedades del pan y del vino, percibidas por nuestros sentidos. Este cambio misterioso es llamado por la Iglesia, de una manera muy apropiada "transubstanciación". Toda explica-

ción teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están desde ese momento realmente delante de nosotros, bajo las especies sacramentales del pan y del vino, como el Señor ha querido, para darse a nosotros en alimento y para asociarnos en la unidad de su Cuerpo Místico.

Pueblo

La existencia única e indivisible del Señor en el cielo no se multiplica sino que se hace presente por el Sacramento en los numerosos lugares de la tierra donde se celebra la misa. Y sigue presente, después del sacrificio, en el Santísimo Sacramento que está en el tabernáculo, corazón viviente de cada una de nuestras iglesias. Es para nosotros un dulcísimo deber honrar y adorar en la Santa Hostia que ven nuestros ojos al Verbo Encarnado a quien no pueden ver y que sin abandonar el Cielo se ha hecho presente ante nosotros.

EL REINO DE DIOS NO ES DE ESTE MUNDO

Lector

Confesamos que el Reino de Dios iniciado aquí abajo en la Iglesia de Cristo no es de este mundo, cuya figura pasa, y que su crecimiento propio no puede confundirse con el progreso de la civilización, de la ciencia o de la técnica humana, sino que consiste en conocer cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en esperar cada vez con más fuerza los bienes eternos, en corresponder cada vez más ardientemente al amor de Dios, en dispensar cada vez más abundantemente la gracia y la santidad entre los hombres.

Es este mismo amor el que impulsa a la Iglesia a preocuparse constantemente del verdadero bien temporal de los hombres. Sin cesar de recordar a sus hijos que ellos no tienen una morada permanente en este mundo, los alienta también en conformidad con la vocación y los medios de cada uno, a contribuir al bien de su ciudad terrenal, a promover la justicia, la paz y la fraternidad entre los hombres, a prodigar ayuda a sus hermanos, en particular a los más

pobres y desgraciados. La intensa solicitud de la Iglesia, Esposa de Cristo, por las necesidades de los hombres, por sus alegrías y esperanzas, por sus penas y esfuerzos, nace del gran deseo que tiene de estar presente entre ellos para iluminarlos con la luz de Cristo y juntar a todos en Él, su único Salvador. Pero esta actitud nunca podrá comportar que la Iglesia se conforme con las cosas de este mundo ni que disminuya el ardor de la espera de su Señor y del Reino eterno.

Pueblo

Creemos en la vida eterna. Creemos que las almas de cuantos mueren en la gracia de Cristo, ya las que todavía deben ser purificadas en el Purgatorio, ya las que desde el instante en que dejan los cuerpos por Jesús son llevadas al Paraíso como hizo con el Buen Ladrón, constituyen el pueblo de Dios más allá de la muerte, la cual será definitivamente vencida en el día de la Resurrección cuando esas almas se unirán de nuevo a sus cuerpos.

Lector

Creemos que la multitud de aquellos que se

encuentran reunidos en torno a Jesús y a María en el Paraíso forman la Iglesia del Cielo donde, en eterna bienaventuranza, ven a Dios tal como es y donde se encuentran asociadas, en grados diversos, con los santos ángeles al gobierno divino ejercido por Cristo en la gloria, intercediendo por nosotros y ayudando nuestra flaqueza mediante su solicitud fraternal.

Lector y pueblo

Creemos en la comunión de todos los fieles de Cristo, de los que aún peregrinan en la tierra, de los difuntos que cumplen su purificación después de muertos y de los que gozan de la bienaventuranza celeste, y que todos se unen en una sola Iglesia; y creemos igualmente que en esa comunión está a nuestra disposición el amor misericordioso de Dios y de sus santos, que siempre ofrecen oídos atentos a nuestras oraciones, como nos aseguró Jesús: *Pedid y recibiréis* (Lc. 10,9-10: Jn. 16,24). Profesando esta fe y apoyados en esta esperanza, esperamos la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero.

Bendito sea Dios, santo, santo, santo. Amen.

EXPLICACION DEL CREDO

Creemos en un solo Dios

Este es el primer artículo de nuestra fe, verdad fundamental del cristianismo, y en ella convienen, en general, todos los pueblos de la tierra, pues como nos dice la revelación divina: "Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios... porque su eterno poder y divinidad son conocidos mediante las criaturas" (Sab. 13,1; Rom. 1,20).

De esta verdad, de la que nos habla la creación entera, nos habla a su vez nuestra conciencia (Rom. 2,15) y el testimonio unánime de todos los pueblos de la tierra.

"No hay más que un solo Dios" (1 Cor. 8,4), porque Él es infinito e inmenso y lo llena todo. Si hubiera dos o más dioses se distinguirían o por una perfección o una imperfección. En uno y otro caso, el que careciese de la perfección o tuviese la imperfección, ya no sería infinitamente perfecto, y por tanto no sería Dios.

Añadamos a esto la armonía y unidad que reina en el mundo, lo cual requiere unidad de autor.

Creemos en un sólo Dios, Padre, Hijo, y Espíritu Santo

El misterio más grande que Jesucristo nos enseñó acerca de Dios es que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Admitimos la existencia de un solo Dios verdadero y que en Él hay tres personas distintas e iguales en perfección y que cada una de las tres es Dios, esto es, cada una es verdadera persona divina, en una sola esencia, venerando así "la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad".

El misterio de la Santísima Trinidad no puede alcanzarse con la sola luz de la razón, pero aunque no lo comprendamos, porque lo infinito no cabe dentro de nuestro limitado entendimiento, es una doctrina clara en la Biblia: Jesucristo, poco antes de subir al cielo, dijo a sus apóstoles "Id, enseñad a todas las gentes, bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt. 28.18-20), y en el bautismo de Jesús, aparecen bien distintas las tres divinas personas: el Padre, que habla desde el Cielo; el Hijo, que es bautizado, y el Espíritu Santo, que aparece en forma de paloma...

Este misterio lo recordamos diariamente al santiguarnos, y al decir "Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo".

Creemos en Dios creador de todas las cosas

Dios es el Creador "de las cosas visibles como es este mundo en el que transcurre nuestra vida pasajera, de las cosas invisibles, como los espíritus que reciben también el nombre de ángeles, y creador en cada hombre de su alma espiritual e inmortal".

Dios aparece ya en la primera página de la Biblia (Gén. 1,1) como único; Dios eterno, omnipotente y creador. Él creó todas las cosas (Apoc. 4,11) los cielos y la tierra y cuanto en ellos se contiene (Ex. 20,11).

Todo cuanto existe fuera de Dios ha sido sacado por Él de la nada libremente, y como no necesita nada fuera de sí porque es infinitamente rico y feliz, creó este mundo no para adquirir o aumentar su felicidad, sino para manifestar y comunicar su infinita bondad, esto es, para hacernos a nosotros felices. De aquí que nuestro deber sea conocer y amar a Dios.

Creemos que este Dios único es absoluta-

mente uno en esencia infinitamente santa, al igual que en todas sus perfecciones, en su omnipotencia, en su ciencia infinita, en su providencia, en su voluntad y en su amor.

Dios es "el que es"= Yahvé, como lo reveló a Moisés (Ex. 3,14), "en que es, era y será por la misma fuerza de su ser", y es "amor", como el apóstol Juan nos lo enseña.

El alma es espiritual e inmortal

Creemos además que "Dios es el creador en cada hombre de su alma espiritual e inmortal". Por el alma somos "imagen de Dios".

Los hombres procedemos de Adán sólo en cuanto al cuerpo, pues el alma de cada hombre es creada por Dios, y Él es el que la comunica a los cuerpos. Estos son animados y vivificados por el alma. Con ella Adán fue un ser viviente (Gén. 2,7). El cuerpo sin el alma es un cadáver.

A favor de la inmortalidad del alma tenemos estos textos claros:

1) Jesucristo dice: "No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a Aquel que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno" (Mt. 10,28).

2) Dios no aniquila el alma, sino que la conserva para darle premio o castigo en la otra vida, como se ve en la doctrina del infierno: "Los malos (los que mueren sin arrepentirse de su pecado) irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna" (Mt. 25,40).

3) En el Eclesiastés leemos que al morir el hombre "el polvo o cuerpo volverá a la tierra y el alma a Dios que le dio el ser" (12,7), etc...

El alma es espiritual, porque no depende de la materia en su ser ni en sus operaciones específicas, como son el amar, entender, etc. Ella tiene inteligencia y libre voluntad y por estas facultades es capaz de conocer lo bello y lo bueno, y de amarlo, y de dominar el mundo... Luego si el alma tiene operaciones espirituales, es porque ella es espiritual, de lo contrario las operaciones (efecto) serían superiores a ella. (a la causa).

El alma, además es libre, porque puede elegir entre una y otra cosa buena, y hasta puede obrar el mal abusando de la libertad; y nuestra conciencia es testigo de que nos sentimos responsables y conocedores de la virtud y del vicio...

En consecuencia: El alma es inmortal, por-

que es espiritual, y porque Dios nos promete una vida futura con dicha y castigo eterno...

El alma del hombre es inmortal por naturaleza, pero puede morir sobrenaturalmente en caso que cometa un pecado mortal, pues por él se pierde la gracia o vida sobrenatural.

Creemos en Jesucristo

Creemos en nuestro Señor Jesucristo, que es el Hijo de Dios. Él es el Verbo eterno, "nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancia al Padre "homousios to Patri", y por quien todo ha sido hecho Se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María y se hizo hombre; igual por tanto al Padre, según la divinidad, e inferior al Padre según la humanidad..."

Jesucristo, pues, tuvo dos nacimientos: uno eterno: "Nacido del Padre antes de todos los siglos". Nace del Padre de manera semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del espíritu del hombre, por eso el Hijo de Dios se llama también el Verbo o Palabra eterna del Padre. Y otro temporal, porque "cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de una mujer" (Gál. 4,4).

El Hijo de Dios (su Verbo o Palabra eterna) tomó carne de María y se hizo hombre como nosotros en el tiempo, y por lo mismo el Hijo de María es el Hijo de Dios.

Jesucristo, pues, es verdadero Dios y verdadero hombre. Jesucristo es verdadero Dios, pues lo demostró con sus palabras y con sus obras y milagros (Jn. 1,1; 10,30; 20,30-31; 26, 63-64; etc.).

Y es verdadero hombre, porque se encarnó y sabemos dónde nace, pues es una persona histórica que nació en Belén de Judá, y vivió en tiempo del rey Herodes, siendo gobernador romano Poncio Pilato (Mt. 2,1; Jn. 19,1) vivió entre los hombres y sufrió y murió por ellos.

La Encarnación es el misterio de un Dios hecho hombre por amor a los hombres, o sea, "unión de la naturaleza humana con la divina en la persona del Verbo". Conviene advertir que en Cristo hay una naturaleza completa, o sea, un cuerpo y un alma, pero no constituyen una persona humana, porque en el mismo momento de ser creados no subsistieron ese cuerpo y esa alma con derechos personales en sí y por sí separados del Verbo, sino en el Verbo y por el Verbo.

La Encarnación fue necesaria para redimirnos, pues Jesucristo como hombre pudo sufrir por nosotros, y como Dios dar a las acciones de la naturaleza humana un valor infinito. La ofensa era infinita por ser infinita la dignidad del Dios ofendido, y la satisfacción tenía que ser hecha por una persona de valor infinito, como era Jesucristo.

En Jesucristo hay una sola persona

La Biblia nos enseña que en Jesucristo hay un solo "Yo", una sola persona con dos naturalezas, una divina y otra humana, y por razón de la naturaleza divina, o sea, como Dios que es, es anterior a Abrahám (Jn. 8,58) y anterior a la Virgen y a la creación entera, pero, por razón de la naturaleza humana, o sea, como hombre, es posterior a Abrahám y a la Virgen, de la cual ha querido nacer en el tiempo.

La Virgen es la Madre de Dios

Quien nació de ella en naturaleza humana, es una persona divina, y por lo mismo, no decimos que sea Madre de la divinidad, sino de la

persona que es Dios y hombre a la vez, y tan unidas están ambas naturalezas en Cristo, que esta unión la llaman los teólogos hipostática, o sea tan personal e indisoluble que en virtud de esta unión, podemos afirmar, de la única persona del Verbo encarnado, propiedades divinas y humanas; y por eso decimos, que es pasible e impasible, que es temporal y eterno a la vez..., es decir, pasible y temporal por razón de la naturaleza humana y eterno e impasible por razón de la naturaleza divina.

La Virgen, pues, es la Madre de Dios, y permaneció siempre Virgen, y en atención a los méritos de su Hijo, fue redimida de un modo eminente, preservada de toda mancha de pecado original, es la Inmaculada y Asunta al cielo y Mediadora ante el Mediador.

Jesucristo habitó entre nosotros

Todos los pueblos de Palestina, el Israel de hoy, son testigos de que Jesucristo los recorrió y en ellos predicó e hizo innumerables milagros. Los cuatro Evangelios y todos los libros del Nuevo Testamento e incluso los del Antiguo lo anuncian como Mesías y en Él se cumplen todas las profecías.

También hay varios escritores paganos y judíos contemporáneos de Jesucristo que hacen mención de Él, como Flavio Josefo, Tácito y otros.

Jesucristo no se hizo conocer en Él al Padre, pues dijo: "Quien me ve a Mí ve al Padre" (Jn. 14,9), era el retrato del Padre y nos dio un mandamiento nuevo, amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado.

Cristo murió y padeció por nosotros

"Creemos que Jesucristo padeció en tiempos de Poncio Pilato como Cordero de Dios que lleva sobre sí los pecados del mundo y murió por nosotros en la cruz, salvándonos con su sangre redentora".

Cristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1,15) y en Él tenemos la redención y la remisión de los pecados" (Col. 1,14)

La pasión y la muerte de Jesucristo la podemos ver descrita con detalle al final de los cuatro Evangelios.

Resurrección de Jesucristo

Creemos que nuestro Señor Jesucristo "fue sepultado y por su propio poder resucitó al ter-

cer día, elevándonos por su resurrección a la participación de la vida divina, que es la vida de la gracia".

Cristo murió, pues los cuatro evangelistas dicen que "expiró en la cruz", y después "se mostró vivo" y los apóstoles lo vieron con sus propios ojos, le tocaron y hablaron y dieron testimonio de su resurrección (Hech. 1,22; 22,24, etc.). Este es el dogma fundamental del cristianismo y el mayor de los milagros. Jesucristo resucitando por su propio poder nos dio la gran prueba de su divinidad. De ninguno de los que se precian fundadores de otras religiones puede decirse que murió en sacrificio por los hombres y resucitó al tercer día como Jesucristo lo predijo. Sólo su religión es la única verdadera.

La Redención en el plan de Dios no terminó en la cruz, sino que ésta se ordenaba a la Resurrección, y así nos mereció la gracia, la dignidad de hijos de Dios y el derecho a la gloria.

"Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con Él por la muerte de su hijo..." (Rom. 5,10). El es el que "quita el pecado del mundo" (Jn. 1,29). Cristo, pues, es el que res-

tauró la vida de amistad con Dios, y la gracia de la justificación que Él nos mereció y que es como una renovación interior (Ef. 4,23s) o santificación, consistente en la infusión de esa gracia, que viene ahora a nosotros por medio de los sacramentos, instituidos por Jesucristo, pues ellos son manantial de gracia divina.

Creemos que subió al cielo y vendrá de nuevo...

En las Sagradas Escrituras se nos habla de dos venidas de Jesucristo. Su primera venida fue como sacerdote, en forma humilde y pasible para salvarnos, y la segunda será en gloria y majestad y aparecerá como Juez y Rey del universo.

Los católicos afirmamos diariamente este dogma, y en el Credo de la Misa repetimos: "Y de nuevo vendrá con gloria... y su reino no tendrá fin". "Jesucristo subió a los cielos... y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos". "Vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad (Mt. 24,30), y juzgará a vivos y muertos: a cada uno según sus méritos", y ¿cuántos se salvarán?

Cristo fundó una Iglesia, que es la reunión de todos los creyentes en Él, y Él mismo nos dice en su Evangelio: "El que creyere (su Evangelio y lo practica) y fuere bautizado, se salvará" (Mc. 16,16).

Existencia del infierno

Creemos que "aquellos que correspondieron al amor y a la piedad de Dios irán a la vida eterna, y quienes lo rechazaron hasta el fin, al fuego "inextinguible". El cielo y el infierno existen, y son eternos, porque Jesucristo, que es Dios, nos lo dice claramente: "Los impíos irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna" (Mt. 25,46).

"Morir en pecado mortal, sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección... y esto es ya "infierno".

Muchos suelen decir: Dios es misericordioso y no puede castigar con un infierno eterno. La fe nos enseña que, ciertamente, es infinitamente misericordioso, pues vino a salvar a los pecadores; pero también es infinitamente justo.

Todos hemos de esperar en la misericordia de Dios. Él no predestina a nadie al infierno, y por eso nos llama a la conversión; pero si uno rechaza hasta el último momento el amor y la misericordia divina y muere en pecado mortal, ¿quién es culpable de romper la amistad con Dios y de separarse de Él para siempre? "Esta separación es ya el infierno eterno" (Catecismo de la Iglesia Católica, nº 1033).

Creemos en el Espíritu Santo

"Creemos en el Espíritu Santo, que es Señor y da la vida, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria".

El Espíritu Santo es la tercera Persona de la Santísima Trinidad, Persona real y divina como Dios Padre y Dios Hijo, distinta de ellas (Mt. 28,19; Hech. 5,3-5) y recibe una misma adoración y gloria con el Padre y el Hijo porque es Dios y una misma esencia con ellos.

El Espíritu Santo nos ha hablado por los profetas, y nos fue enviado a nosotros por Cristo después de su resurrección y su ascensión al Padre (Jn. 14,26; 16, 26-27); Hech. 2, 1-4 y 17). Él ilumina, vivifica, protege y guía la

Iglesia, pues es el alma de la misma. Así como el alma humana anima a todos los miembros del cuerpo y le confiere a cada uno una función especial, así también el Espíritu Santo anima con su gracia a todos los miembros de la Iglesia... Por unos obra milagros, por otros anuncia la verdad, en unos conserva la virginidad, en otros la castidad matrimonial, en unos produce estos efectos, en otros aquellos...

El Espíritu Santo, dijo Pablo VI, debiera ser la primera de nuestras devociones...

Todo hombre nace en pecado

"Creemos que en Adán todos pecaron, lo que quiere decir que la falta original cometida por él hizo caer a la naturaleza humana, común a todos los hombres, en un estado en que experimenta las consecuencias de esta falta, y que no es aquel en que se hallaba la naturaleza al principio en nuestro padres, creados en santidad y justicia, y en el que el hombre no conocía el mal ni la muerte.

Esta naturaleza humana caída, despojada de la vestidura de la gracia, herida en sus propias fuerzas naturales y sometida al imperio de la

muerte, se transmite a los hombres, y en este sentido todo hombre nace en pecado.

Sostenemos, pues, con el Concilio de Trento, que el pecado original se transmite con la naturaleza humana no por imitación, sino por propagación y que, por tanto, es propio de cada uno".

El pecado original fue un pecado de desobediencia, que tuvo su raíz en la soberbia, pues claramente se ve en la Biblia que se perdieron por "querer ser como Dios".

Adán perdió para sí y para todos sus descendientes la inocencia y santidad de su primer estado, quedando sujeto al trabajo penoso, al dolor y a la muerte... La naturaleza humana quedó sujeta a la concupiscencia. El pecado original se quita por el bautismo, pero queda en todo bautizado la concupiscencia; si bien no puede dañar a los que no la consienten, sino que la resisten por la gracia de Jesucristo (D. 792).

Creemos en la Iglesia

"Creemos en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra que es Pedro".

Cristo fundó la Iglesia de un modo inmediato y personal durante el tiempo de su vida sobre la tierra, y, por ser Él también Dios, la Iglesia es una obra divina.

1) La Iglesia es una y única, pues Jesús al fundarla, habló en singular: "Sobre esta piedra edificaré Mi Iglesia" (Mt. 16,18), y es una con unidad de fe, de régimen y de sacramentos...

2) La Iglesia es santa, porque santo es su Fundador y santa su doctrina y santos sus sacramentos... y si a veces se dice que la Iglesia necesita reforma es atendiendo a sus miembros pecadores.

3) La Iglesia es católica, porque Cristo quiso que fuese universal (Mt. 28,19).

4) La Iglesia es apostólica, porque trae su origen de los apóstoles, y el Papa y los obispos son legítimos sucesores suyos. Desde Pedro a Juan Pablo II, ha habido 264 Papas sin interrupción.

Ninguna de las demás iglesias o sectas tienen estas notas, sobre todo no son apostólicas porque surgieron mucho tiempo después de los apóstoles.

Necesidad de la Iglesia para salvarse. "Creemos

que la Iglesia es necesaria para salvarse, porque Cristo, el solo Mediador y Camino de salvación se hace presente para nosotros en su Cuerpo que es la Iglesia. Pero el designio divino de la salvación abarca a todos los hombres; y los que sin culpa por su parte ignoran el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sinceridad y, bajo el influjo de la gracia, se esfuerzan por cumplir su voluntad conocida mediante la voz de la conciencia, éstos, cuyo número sólo Dios conoce, pueden obtener la salvación".

La infalibilidad del Papa

"Creemos en la infalibilidad de que goza el Sucesor de Pedro, cuando enseña ex cathedra como Pastor y Maestro de todos los fieles, y de la que está asistido también el cuerpo de los obispos cuando ejerce el magisterio supremo en unión con él".

Decir que el Papa es infalible es afirmar que no puede errar en las cosas de fe y de moral. La razón es porque Cristo hizo a San Pedro fundamento de toda su Iglesia para darle unidad y solidez y prometió su asistencia hasta el fin de

los siglos. La Iglesia será perseguida, pero nunca vencida. "Las puertas del infierno (las persecuciones y herejías) no prevalecerán contra ella" (Mt. 16,18).

Pablo VI dijo: "Abrigamos la esperanza de que los cristianos, que no están todavía en plena comunión con la Iglesia única, se reunirán un día en un solo rebaño con un solo Pastor".

Creemos en la Santa Misa

"Creemos que la Misa celebrada por el sacerdote, representante de la persona de Cristo, en virtud del poder recibido por el sacramento del Orden, y ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es el sacrificio del Calvario hecho sacramentalmente en nuestros altares".

Los católicos afirmamos que la Misa es verdadero sacrificio y que es el mismo e idéntico sacrificio que se ofreció en la cruz, pues una misma es la Víctima, o sea, Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, que se hizo hombre y se inmoló en el Calvario para salvar a los hombres".

El sacrificio de la Misa ya fue anunciado cinco siglos antes por el profeta Malaquías, al

decir: "Dice el Señor: No está mi voluntad en vosotros, ni recibirá ofrenda alguna de vuestras manos. Porque desde donde nace el sol hasta el ocaso, es grande mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio, una oblación pura, porque grande es mi nombre entre las naciones" (1,11).

Según esta profecía en todo lugar se ofrecería al Señor un sacrificio puro, renovado en toda la redondez de la tierra. Tal sacrificio no es otro que el de la misa, renovación perpetua del sacrificio de la cruz, que vino a sustituir todos los sacrificios de la ley mosaica, pues desde Jesucristo no ha habido otro sacrificio que éste de la Misa.

San Agustín dirá a este propósito: "Abrid los ojos por fin, y ved cómo de Levante a Poniente, no en un solo lugar... sino en todos, se ofrece el sacrificio de los cristianos; no a un dios cualquiera, sino al que predijo esto, al Dios de Israel" (Adv. Jud. 9).

Jesucristo es nuestro sacrificio y nuestra Víctima. Más de trescientas mil misas se celebran todos los días en la tierra, y no hay instante del día en que no se ofrezca este sacrificio. Cuando acaba en Europa empieza en América.

Este es el sacrificio del Nuevo Testamento, el sacrificio digno de Dios.

El sacrificio de Cristo en la cruz se reproduce ahora diariamente en la misa. Entre el sacrificio del Calvario y el de la misa no existe diferencia alguna, a no ser accidental o en el modo de ofrecerse.

En el Calvario, Cristo (Sacerdote y Víctima) se ofreció por sí mismo, y en la misa se ofrece por el ministerio de los sacerdotes; es decir, en el Calvario hubo un solo sacerdote que fue Jesucristo, y en la misa hay dos, uno invisible y principal que es Jesucristo, y otro visible y secundario e instrumental, que es el sacrdote celebrante.

En la cruz, Jesucristo padeció y murió y en ella se sacrificó ofreciéndose en forma cruenta o con derramamiento de sangre; mas en la misa se ofrece "reproduciendo su muerte en forma incruenta", sin derramamiento de sangre y sin padecer ni morir.

El sacrificio de la cruz bastó para redimirnos, pues es de valor infinito, mas en la misa se renueva ahora "no para añadir eficacia alguna" a aquél, sino para aplicarnos los méritos de la redención o frutos del sacrificio del Calvario.

Presencia real de Jesucristo en la Eucaristía

"Creemos que del mismo modo que el pan y el vino consagrados por el Señor en la Santa Cena, se convirtieron en su Cuerpo y en su Sangre, que iban a ser ofrecidos por nosotros en la cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo glorioso, sentado en el cielo, y creemos que la misteriosa presencia del Señor, bajo lo que sigue apareciendo a nuestros sentidos igual que antes, es una presencia verdadera, real y sustancial".

Jesucristo está realmente en la Eucaristía, porque así lo ha dicho Él, que es verdadero Dios. (Véanse las palabras de la promesa que Él hizo (Jn. 6,51-55) y las de su institución (Mt. 26,26; Lc. 22,19).

Además es doctrina clara expuesta por San Pablo (1 Cor. 11,27-28), el cual dice claramente hablando de la Eucaristía: "Quien comiere el pan o bebiere el cáliz indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor, y el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, come y bebe su condenación" (Ved mi libro "La Santa Misa").

El reinado de Jesucristo

"Confesamos que el reino de Dios iniciado aquí abajo en la Iglesia de Cristo no es de este mundo, cuya figura pasa, y que su crecimiento no puede confundirse con el progreso de la civilización, de la ciencia o de la técnica humana...".

Este reino de Dios, que se incoa en la tierra, ha de tener su término en el cielo. Cuando Cristo dijo: "Mi reino no es de este mundo", nos indica que no es puramente material y político, que pueda pasar con el tiempo, pues trae origen del cielo y "no es de la tierra"; pero notemos que no dijo Jesucristo que no deba estar en la tierra, pues vino a fundarlo sobre ella. Este es un reino de santidad, de amor, de justicia y de paz".

Cristo reina al presente sobre su Iglesia, en las almas que viven en gracia, pero aún no reina sobre el mundo, o sea externa y socialmente como dicen las siguientes profecías, que aún están sin cumplirse y que se realizarán solamente en Jesucristo:

"Dominará de mar a mar, del río hasta los cabos de la tierra... Se postrarán ante Él todos

los reyes y le servirán todas las gentes..." (Sal. 7). "Y reinará Yahvé sobre toda la tierra, Yahvé será único y único su nombre" (Zac. 14,9).

"El Dios del cielo levantará un reino que jamás será destruido, y este reino no pasará a otra nación sino que quebrantará y aniquilará a todos aquellos reinos, en tanto que el mismo subsistirá para siempre" (Dn. 2).

Creemos en la vida eterna

"Creemos en la vida eterna. Creemos que las almas de cuantos mueren en la gracia de Cristo, ya las que todavía deben ser purificadas en el Purgatorio, ya las que del instante en que dejan los cuerpos, por Jesús son llevadas al Paraíso, como hizo con el Buen Ladrón, constituyen el pueblo de Dios más allá de la muerte...".

Según la profesión de fe del pueblo de Dios existe el Purgatorio, y también tenemos a su favor la definición dogmática del Concilio de Trento.

La Sagrada Escritura nos dice: "Es santo y saludable el rogar por los difuntos a fin de ser absueltos de sus pecados..." (Mac. 12,42).

"La muerte será definitivamente vencida en

el día de la resurrección cuando las almas se unan de nuevo a sus cuerpos".

Un día resucitarán todos, electos y réprobos. "De las cavernas de la tierra, de los abismos de los mares, de las innumerables tumbas de los cementerios y de los campos de batalla... levantará su cabeza la muerte, que estufefacta tanto como la naturaleza, exclamará: ¿Dónde está mi victoria?... Pero desde entonces quedará eternamente vencida por la resurrección" (Pío XII. 1942).

La Iglesia triunfante

"Creemos que la multitud de aquellos que se encuentran reunidos en torno a Jesús y a María en el Paraíso, forman la Iglesia del cielo donde en eterna bienaventuranza, ven a Dios tal cual es, y donde se encuentran asociadas, en grados diversos, con los santos ángeles al gobierno divino ejercido por Cristo en la gloria, intercediendo por nosotros y ayudando nuestra flaqueza mediante su solicitud fraternal".

El cielo existe. Esta es una verdad que se repite a cada paso en la Sagrada Escritura. A los que sufren en esta vida, para que sepan llevarse con resignación las diversas pruebas, Jesucristo

dice: Alegráos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en el cielo" (Mt. 5,12), y es tan grande la felicidad que Dios nos promete a los que son fieles cumplidos de sus mandamientos, que es indescriptible, pues dice: "lo que el ojo no vio ni el oído oyó ni al corazón del hombre ha podido llegar, eso es lo que Dios preparado para aquellos que le aman" (1 Cor. 2).

El Concilio Vaticano II nos dice que estamos en la tierra de paso y que debemos tener presente los novísimos: "Acuérdate de los novísimos (o sea, de tus postrimerías) y no pecarás jamás" (Eclo. 7,40).

MUERTE, JUICIO, INFIERNO Y GLORIA TEN CRISTIANO EN TU MEMORIA

SEGUNDA PARTE
PRINCIPALES DOGMAS DE FE

Después de haber expuesto en síntesis las verdades dogmáticas de nuestra fe en la explicación del Credo, me propongo en esta 2ª parte

particularizar los principales dogmas de fe, lo que debemos creer para salvarnos.

1ª Verdad de Fe

"Creo en Dios Padre todopoderoso, creador de cielos y tierra". Nadie, en su sano juicio puede negar la existencia de un solo y único Dios, porque la revelación divina y la creación entera nos hablan de Él (Sab. 13,1; Rom. 1, 19-20).

"Si alguno negare al solo Dios verdadero, Creador y Señor de las cosas visibles e invisibles, sea anatema (Conc. Vat. I). (Anatema, quiere decir: condenado, execrado y excomulgado)

2ª Verdad de Fe

Según la Biblia, nuestros primeros padres fueron Adán y Eva. El hombre, pues, ha sido creado por Dios (Dz. 1783). Adán fue el primer hombre y de él procede todo el género humano (y no del mono u otro animal, porque eso sería rebajar al hombre), creado por Dios a su imagen y semejanza, y en la Biblia leemos

que después de haber creado Dios a todos los animales, creó al hombre... Este consta de cuerpo y de alma inmortal. Jesucristo nos lo dice claramente: "No temáis a los que matan el cuerpo, que el alma no la pueden matar, temed más bien a Aquel que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno" (Mt. 10,28). Además Él nos habla de premios y castigos eternos: "Irán estos (los impíos) al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna" (Mt. 25,51ss).

3ª Verdad de Fe

"Creemos que en Adán todos pecaron..." "Quienquiera niege que los niños recién nacidos del seno de sus madres, no han de ser bautizados, o dice que, efectivamente, son bautizados para remisión de los pecados, pero que de Adán nada traen del pecado original... sea anatema" (Conc. Cartago a.418.Dz.102). Esto mismo dice el Concilio de Trento, y añade: "Si alguno no confiesa que el primer hombre Adán, al transgredir el mandamiento de Dios en el paraíso, perdió inmediatamente la santidad y justicia en que había sido constituido... y que la prevaricación de Adán le dañó a él sólo y

no a su descendencia... sea anatema" (Conc. Trento. Dz. 878-92).

Adán perdió para sí y para todos sus descendientes la inocencia y la santidad de su primer estado, quedando sujeto al trabajo penoso, al dolor y a la muerte (Gén. 3,17ss), y por tal pecado el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas. ¡Cuánta malicia tendrá el pecado a los ojos de Dios cuando así lo castiga!.

4ª Verdad de fe sobre Jesucristo

Mucho tendríamos para decir de Jesucristo y para conocerle bien es necesario leer despacio los Evangelios, que son libros históricos, íntegros y verídicos (Véase mi libro: "Jesucristo es Dios").

En resumen diremos: "Creemos en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos...".

- Jesucristo tuvo dos nacimientos: Uno eterno, porque nació del Padre antes de todos los siglos, y nace del Padre de manera semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del espíritu del hombre, y por eso al Hijo de Dios se le llama también el Verbo (=la Palabra). Es la Palabra del Padre que existe desde que existe

Dios Padre antes que el mundo, y por eso un día dijo: "Padre, glorifícame con la gloria que tuve junto a Ti antes que el mundo existiera" (Jn. 17,5).

- Jesucristo tuvo otro nacimiento temporal, pues "llegada la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de una mujer" (Gál. 4,4), quiso hacerse hombre y vivir entre los hombres, y vino a este mundo por medio de la Virgen María, de la cual nació por obra del Espíritu Santo.

Jesucristo es Hijo natural de Dios, es decir, tiene la misma naturaleza del Padre y es Dios como Él, y demostró que era Dios con sus muchos milagros y profecías y especialmente con el de su resurrección pues después de pasar por una pasión ignominiosa, murió real y verdaderamente según la carne y tal como lo había anunciado resucitó al tercer día, y cuarenta días después de su resurrección subió a los cielos y al final de los tiempos vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos (Símbolos de la fe).

5ª Verdad: Misterios principales de la vida de Jesucristo

1º Misterio de la Santísima Trinidad. Es el

misterio de un solo y único Dios en tres personas distintas e iguales en perfección.

En la Biblia se nos habla de un solo y único Dios y de tres personas distintas y las tres tienen la misma y única naturaleza divina, (un ejemplo, aunque imperfecto el de un árbol con tres ramas, las tres son distintas y las tres son un solo árbol).

2º Misterio de la Encarnación. Es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre, del cual hablamos al explicar el Credo.

3º El misterio de la Redención. Este es el misterio de los sufrimientos y muerte de Jesucristo en la cruz para redimirnos a todos. Como dice San Pablo: "En Cristo tenemos la redención y la remisión de los pecados" (Col. 1,14). La Redención es obra del amor de Dios.

4º El misterio de la Eucaristía, en la cual está Jesucristo realmente presente (ya está anteriormente expuesto).

6ª Verdad de fe.

Creemos en la Iglesia. "Creemos en la Iglesia que es una, santa, católica y Apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra que es Pedro (También anteriormente tratada).

7ª Verdad de fe

"Creemos en la infalibilidad de que goza el sucesor de Pedro cuando enseña ex cathedra como pastor y maestro de todos los fieles... "Si alguno tuviere la osadía, lo que Dios no permita, de contradecir a esta definición, sea anatema" (Dz. 1840).

8ª Verdad de fe

Sobre los sacramentos de la Iglesia.

"Si alguno dijere que los sacramentos de la Nueva Ley no fueron instituidos por Jesucristo nuestro Señor, o que son más o menos de siete, a saber: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Santa Unción, Orden y Matrimonio, o también que alguno de estos, no es verdadera y propiamente sacramento, sea anatema" (Dt. 844).

9ª Verdad de fe
Sobre la guarda de los mandamientos

"Si alguno dijere que los justos no deben guardar y esperar la eterna retribución de parte de Dios por su misericordia y por el mérito de

Jesucristo como recompensa de las buenas obras que fueron hechas en Dios, si perseveraren hasta el fin obrando bien y guardando los divinos mandamientos, sea anatema" (Dz. 836).

Jesucristo dijo claramente: "Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos" (Mt. 19.17).

10ª Verdad de fe

Prerrogativas dogmáticas de la Virgen

"Creemos que María es la Madre, siempre Virgen, del Verbo Encarnado, nuestro Dios y Salvador Jesucristo. (Es Madre de Dios, porque es Madre de Jesucristo, que es Dios y hombre a la vez. Véase lo dicho anteriormente en la explicación del Credo).

1) Concepción Inmaculada

"Declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina que sostiene que la beatífica Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a

los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano, ha sido revelada por Dios y debe ser, por tanto, firme y constantemente creída por todos los fieles" (Pio IX. Dz. 1641).

2) Virginidad perpetua

"Si alguno no confiesa, de conformidad con los Santos Padres, que la Santa Madre de Dios y siempre virgen e Inmaculada María, propiamente y según la verdad, concibió del Espíritu Santo, sin cooperación viril, al mismo Verbo de Dios, que antes de todos los siglos nació de Dios Padre, e incorruptiblemente le engendró, permaneciendo indisoluble su virginidad, incluso después del parto, sea anatema" (Conc. Letrán. Dz. 256).

3) Asunta en cuerpo y alma al cielo

"Pronunciamos, declaramos y definimos ser dogma divinamente revelado que la inmaculada Madre de Dios, terminado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial" (Pío XII. Dz. 2333).

4) Madre de la Iglesia

"Así, pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, nos proclamo a María Santísima

Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título" (Pablo VI, discurso ante el Concilio Vaticano II el 21 de noviembre de 1964).

Nota: Aparte de estos títulos o prerrogativas dogmáticas se le aplican a la Virgen las siguientes: Predestinación de María; plenitud de gracia y exención de todo pecado. Maternidad espiritual. Corredentora del mundo. Mediadora universal, subordinada a Cristo. Dispensadora universal de todas las gracias y Reina y Señora de cielos y tierra.

Ante todo tenemos que decir de la Virgen que es Madre de Dios, porque ésta es la principal prerrogativa. "Si alguno no confiesa que Dios es, según verdad, el Emmanuel y que, por eso, la Santa Virgen es Madre de Dios, sea anatema" (Conc. Efeso. Dz. 113).

LAUDETUR IESUSCHRISTUS= ALABADO SEA JESUCRISTO

INDICE

- **PRESENTACION** 3
- El Credo o Símbolo de los Apóstoles 7
- El Credo de Nicea. Constantinopla 8
- El Credo del Pueblo de Dios 10
  - Creemos en Jesucristo 12
  - Creemos en el Espíritu Santo 14
  - El pecado original 15
  - Creemos en la Iglesia 17
  - Esperanza de unidad 19
  - La Transubstanciación 21
  - El reino de Dios no es de este mundo .. 23
- Explicación del Credo 26
  - Creemos en un solo Dios 26
  - Creemos en un sólo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo 27
  - Creemos en Dios, creador de todas las cosas 28
  - El alma es espiritual e inmortal 29
  - Creemos en Jesucristo 31
  - En Jesucristo hay una sola persona 33
  - La Virgen es la Madre de Dios 33
  - Jesucristo habitó entre nosotros 34

Cristo murió y padeció por nosotros.......35
Resurrección de Jesucristo 35
Creemos que subió al cielo y
vendrá de nuevo.....................................37
Existencia del infierno..............................38
Creemos en el Espíritu Santo.................39
Todo hombre nace en pecado.................40
Creemos en la Iglesia 41
La infalibilidad del Papa..........................43
Creemos en la Santa Misa 44
Presencia real de Jesucristo en la
Eucaristía 47
El reinado de Jesucristo..........................48
Creemos en la vida eterna 49
La Iglesia triunfante.................................50

Segunda Parte.......................................51
Principales dogmas de fe 51
1) Concepción Inmaculada.........................58
2) Virginidad perpetua...............................59
3) Asunta en cuerpo y alma al cielo............59
4) Madre de la Iglesia...............................59